Universidad Iberoamericana Puebla

Repositorio Institucional **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Círculo de Escritores Artículos

La fiesta de Navidad

Guzmán Anell, José Teódulo

2019-12-16

https://hdl.handle.net/20.500.11777/4536

http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf

La fiesta de Navidad

José Teódulo Guzmán

Publicado en “El Sol de Puebla”, el 16 de diciembre del 2019. Disponible en:

https://web.mediasolutions.mx/Notas/?id=201912160402548690&temaid=11946

Navidad es una palabra derivada del vocablo latino Nativitas, que significa nacimiento. Los cristianos celebramos, desde hace siglos, el nacimiento de Jesucristo. Este acontecimiento ha marcado definitivamente la historia del mundo. Creyentes y ateos se refieren a este hecho como a un parteaguas cuando quieren situar en el tiempo y en espacio los principales acontecimientos del mundo: antes de Cristo y después de Cristo. Y no obstante que se trata de una de las festividades cristianas más importantes del arlo litúrgico, la fiesta de la Navidad se ha tenido de tintes no precisamente cristianos, que han desvirtuado y prostituido la esencia misma del nacimiento de Jesucristo.

Las fiestas navideñas son multicolores, nostálgicas, cordiales y afectuosas. Eso está bien. En los hogares y en las calles se escuchan cantos relativos a esta gran fiesta; no obstante, mucho me temo que incluso a los cristianos se nos olvida en qué condiciones nació Jesús. Desde luego, no en un lugar confortable y entre sábanas de seda. El evangelista Lucas nos dice que mientras José y María estaban en Belém, a donde habían acudido a empadronarse, "llegó para María el momento del parto y dio a luz a su hijo primogénito. Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, pues no había lugar para ellos en la sala principal de la casa" (Lc 2, 6-7).

Jesús nace en condiciones de pobreza, lejos de familiares y amigos, en medio de un abigarramiento de familias que habían ido también a empadronarse en Belém, obedeciendo el decreto de emperador Augusto, que había ordenado realizar un censo en todo su imperio. Galilea y Judea estaban bajo el dominio del imperio romano.

La Navidad debiera recordarnos los dos rostros del mundo actual: por un lado, la opulencia, el poder del dinero, la vanidad de los poderosos y el privilegio de los ricos: y por el otro, la miseria de la desigualdad social, el hambre de los desposeídos y el desamparo de los migrantes.

La publicidad ha despojado a la Navidad de su carácter místico y sagrado. La ha convertido en una fiesta profana, en baile, jolgorio y glotonería. Muchos cristianos hemos olvidado nuestros orígenes. Se nos hace pesada una austeridad responsable, una actitud humanista

y dadivosa, y una generosidad espontánea. Los fuegos fatuos del acomodamiento individualista son cohetes que deslumbran momentáneamente nuestro cielo, pero después solo nos dejan olor a pólvora quemada.

¿Nos atreveremos los cristianos a devolverle su sentido genuino y sagrado a la fiesta de la Navidad? Obviamente no queremos cristianos tristes, pero tampoco tristes cristianos que hayan perdido el rumbo de su quehacer fundamental en el mundo y el sentido profundo de su misión en la historia.

¿Cómo podremos recuperar la esencia del cristianismo desde sus orígenes? Solo el amor realiza maravillas. Solo el amor de Dios a la humanidad hizo posible su manifestación en forma de niño frágil, necesitado del cuidado de unos padres y sujeto a las limitaciones de la pobreza y a la obediencia de las leyes del imperio romano. Y así, la manifestación de Dios al mundo se realizó desde abajo y desde adentro del misterio, no desde afuera y desde de la majestuosidad del poder.

La Navidad debiera recordarnos los dos rostros del mundo actual: por un lado, la opulencia, el poder del dinero, la vanidad de los poderosos y el privilegio de los ricos: y por el otro, la miseria de la desigualdad social, el hambre de los desposeídos y el desamparo de los migrantes. El autor es profesor de la Universidad iberoamericana Puebla.